

# BIOCIVILIZACIÓN O SOCIEDAD DEL BIEN VIVIR

Un comentario

Albert Recio Andreu

I

El comentario que sigue es el resultado de la lectura tanto de los textos básicos de la conferencia como de la interesante presentación de Geneviève Azam. Antes de entrar en el debate quisiera apuntar dos consideraciones previas. La primera es manifestar mi acuerdo en líneas generales con las ideas centrales que aquí se discuten. Estamos realmente ante una crisis civilizatoria que afecta tanto a las promesas de bienestar del modelo de desarrollo tradicional – para gran parte de la población mundial la inseguridad económica sigue constituyendo su experiencia vital cotidiana- como a la crisis ecológica provocada por este mismo modelo de desarrollo. Y la respuesta requiere proponer otro modelo de organización social donde la humanidad entera pueda vivir decentemente con el resto de la naturaleza. En segundo lugar manifestar mi dificultad de abordar el comentario, dado sobre todo el nivel muy genérico en que se sustenta el debate y mi mejor capacidad de analizar cuestiones más concretas. Señalando de entrada estas dificultades me dedicaré por tanto a plantear algunas de las cuestiones que veo menos claras en el debate o sobre las que me parece que es necesaria alguna reflexión adicional. Sobre todo porque pienso que el reto que tenemos es inmenso y cuanto mejor afinemos las estrategias más fácil será encontrar soluciones.

II

Hay una primera cuestión sobre la que vale la pena reflexionar. A lo largo de todos los textos hay referencias, sin duda acertadas, continuas al capitalismo y al productivismo pero a menudo considero que el nivel en el que se realizan es demasiado genérico. El capitalismo nació como sociedad dentro de espacios locales concretos y terminó cristalizando en estados nacionales. Su desarrollo a escala mundial estuvo asociado a la colonización, a la creación de “nuevas Europas” y al sometimiento del resto del mundo. De este proceso no sólo emergió un orden social basado en la propiedad privada de los medios de producción y una economía mundial controlada por unas reducidas élites económicas, sino también un orden nacional jerarquizado donde unas naciones se situaban por encima de otras. Y un orden que a la postre no sólo generaba desigualdades basadas en la clase social sino también basadas en el país donde uno vive. La fuerza del nacionalismo, de todos los nacionalismos, estriba en convertir a una minúscula parte de la humanidad en objeto de su propia acción político- económica. El productivismo que caracterizó al modelo de economía burocrática asociado al bolchevismo, o el que también practican la mayoría de gobiernos antiimperialistas de todo tipo tiene también que ver con

esta lectura de un mundo donde las naciones (o los estados) deben competir con otras bajo la amenaza que perder es empeorar las condiciones para el conjunto del país. Y de hecho, con excepciones, las jerarquías nacionales se han mantenido por largo tiempo y los habitantes de algunos países han alcanzado modelos de vida imposibles para el resto. La cuestión del imperialismo y del nacionalismo, de la jerarquización económica de estados constituye una cuestión insoslayable para cualquier proyecto alternativo.

Hay muchas razones que avalan esta cuestión. La más obvia es que alcanzar un orden institucional justo a escala planetaria exige alterar este orden de desigualdad de poder económico y político. Pero hay otras consecuencias sobre las que también es necesario pensar. El establecimiento de un sistema imperial no sólo tuvo consecuencias en término de acaparamiento de recursos, desarrollo tecnológico y derechos de propiedad. Lo tuvo también como impacto ético-cultural pues gran parte de la colonización se sustentó sobre una visión racista (o cuando menos de superioridad cultural) respecto a las poblaciones colonizadas. Y esta visión de superioridad cultural respecto al otro no sólo sigue estando presente sino que es especialmente operativa por ejemplo en la configuración de las políticas migratorias (en las que el populismo derechista obtiene importantes apoyos electorales de esta base social socializada en la cultura de la desigualdad étnica). Crear una nueva conciencia cosmopolita igualitaria no es tarea pequeña, pero es un elemento ineludible de cualquier estrategia de cambio necesario y debe conectar con otras cuestiones a las que me referiré en el siguiente apartado.

Hay otra deriva crucial de este orden nacional jerárquico en el que estamos instalados. Las condiciones materiales que marcan la vida cotidiana de la gente son muy diversas. Y esta vida cotidiana tiende a hacernos ver como “normal” la forma como vivimos. Cambiar el modelo sólo es posible si mucha gente lo hace posible. Y ello exige pensar en políticas específicas que permitan la transición, no se trata sólo de propugnar un modelo de vida alternativo en términos abstractos, sino de promover cambios que permitan la transformación. Y difícilmente avanzaremos en las sociedades más ricas y depredadoras con genéricas referencias al buen vivir o al valor de las culturas indígenas sino somos capaces de promover procesos que muestren a la gente que es bueno y deseable vivir de otra forma. Es más, intuyó, que las formas de vida de estas naciones juegan como un “atractor” de conciencias en otras partes del mundo (dada su profusa difusión publicitaria) y que por tanto las transformaciones aquí pueden también tener impactos en otras partes que ayuden a consolidar procesos de cambio divergentes con el desarrollismo capitalista.

### III

El orden capitalista se sustenta no sólo en el mito del progreso, se sustenta también, de forma soslayada, en una cultura de la desigualdad. La justificación

de la propiedad privada del capital, que supone la aceptación de un modelo autoritario de organización de la actividad productiva, se sustenta en parte en la consideración de la superioridad técnica del empresario (o sus acólitos) para organizar la actividad y en la inferioridad de los subordinados (a los que hay que organizar, controlar, domesticar).

En otro plano, el patriarcado, otra de las instituciones cruciales en la producción de desigualdades, ha constituido un firme componente de las sociedades capitalistas reales, favoreciendo la reproducción gratuita de la fuerza de trabajo y la legitimación de desigualdades laborales de tipo diverso. Por cierto la reflexión sobre el papel del patriarcado y las estructuras de dominación me parece uno de las principales carencias del conjunto de los textos y una de las cuestiones en las que es básico reflexionar.

Ya he señalado asimismo el papel del racismo y las ideologías nacionalistas han jugado en la consolidación de las desigualdades y en la legitimación de la depredación ambiental. Hoy la globalización (y la propia acción de los movimientos sociales) ha alterado el valor de muchas de estas legitimaciones de la desigualdad: la crisis de los estados nación y la apertura de fronteras ha socavado para sectores importantes de la población el soporte que recibían por pertenecer a un determinado marco estatal, el feminismo ha impulsado una crisis del patriarcado, los movimientos indígenas han minado las bases de desigualdad étnica. Aunque no puede despreciarse el rebrote de muchas viejas culturas de la desigualdad hay también que advertir la presencia de una nueva legitimación de la desigualdad basada en el conocimiento y la cultura oficial, una legitimación que se extiende por ejemplo en la creciente ligazón (en las pseudo-justificaciones oficiales) del desempleo con la ausencia de educación o en la sustitución creciente de los debates y las instituciones democráticas por comités de expertos e instituciones “técnicas” que imponen, de forma opaca, sus recetas al resto del mundo. Al calor de la globalización estamos asistiendo a la formación de un nuevo estrato social, de un sector de élites cosmopolitas que imponen su cosmovisión y sus intereses al conjunto de la humanidad. Un cosmopolitismo conservador (y totalmente inconsciente de su negativo impacto social y ambiental) al que debe enfrentarse un verdadero cosmopolitismo igualitario, democrático, ecosocial.

#### IV

Ligada con la anterior hay otra cuestión que planea sobre el debate y afecta a la forma de abordar las políticas. El núcleo duro del mismo se basa en la necesidad de cambiar la perspectiva de referencia de la vida humana. De un cambio de ejes ético-político. Es sin duda una cuestión importante pero sobre la que me atrevo a plantear alguna objeción.

El problema de la “humanidad reiventada” está presente en todos los proyectos emancipatorios de la sociedad. Sin duda porque cualquier observador crítico

constata que nuestro comportamiento cotidiano difícilmente es compatible con un mundo como el que se pretende alcanzar. El problema estriba en cómo se conceptualiza este cambio. A veces parece que se trate sólo de generar algún tipo de catarsis, de conversión a los nuevos valores al estilo de cómo se realizan algunas experiencias religiosas. Dudo que en la fase actual de contaminación mediática y consumismo estas conversiones puedan darse. Otra posibilidad es la de promover esta nueva individualidad desde arriba, por normas políticas que tratan de imponer este cambio cultural. Algo que a mi entender está en la fallida historia de la experiencia bolchevique y que tuvo como efectos negativos la implementación de una violencia extrema sobre los individuos y la eliminación de toda capacidad de acción social autónoma, de la que aún se resienten muchas de las sociedades que han experimentado procesos parecidos.

Creo que sólo hay una forma de avanzar en este cambio. Tratar de tomar a las personas tal cual son, tal como apuntan buena parte de los avances en investigación psicológica, personas en parte egoístas, en parte cooperadoras, en parte autónomas y en parte seguidistas. Personas que responden a valores, influencias externas, estímulos... Lo crucial no es tanto cambiar a la gente como diseñar buenas instituciones que minimicen los problemas y promuevan las buenas acciones. (Más o menos es lo mismo que ocurre con el buen diseño técnico, cualquier instrumento que está diseñado bajo la hipótesis que su operador nunca se equivocará suele estar abierto a la aparición del fallo sistémico, son mejores los mecanismos que están diseñados para permitir que cuando se produzcan los fallos humanos inevitables estos no generen un desastre y pueda recomponerse el equilibrio con facilidad).

De ello deduzco dos cuestiones básicas. Una más general, cualquier diseño de sociedad deseable debe tener algún espacio para la individualidad, y segunda y más operativa: no hay una forma única de organización económica (ni posiblemente una única forma de propiedad o acceso a los recursos): hay que hacer en cada caso una verdadera experiencia social para detectar que formas de gestión y organización se adecuan a cada tipo de actividad, recurso etc. Creo que la propia experiencia pasada de formas diferentes de gestión permiten tener un arsenal de respuestas y fórmulas y sobre ellas hay que construir una nueva propuesta social. Sustituir el dogmatismo del mercado por el de la planificación centralizada ha tenido un grave coste social para la humanidad (para los que lo experimentaron y para todos aquellos que cada vez que nos oponemos al capitalismo somos anatemizados con el recordatorio del fracaso de la experiencia soviética).

La cuestión del papel de la ciencia merece una atención especial. A menudo en el debate sobre este tema se mezclan cosas diversas que nos confunden más que nos aclaran, cosas mezcladas por la propia complejidad del campo. Es bastante fácil incluir en un mismo saco cosas diversas: de una parte la ciencia como actividad orientada al conocimiento sistemático de nuestra realidad, una actividad forzosamente crítica, cooperativa y que exige una fuerte interacción social. De otra la organización de la actividad científica en centros de investigación, universidades, formas de evaluación del quehacer científico, etc. Aunque el espacio es el mismo, conviene destacar que la organización de la actividad presupone una estructura institucional que puede generar sesgos y condicionar el propio desarrollo científico. No me refiero sólo a su financiación sino también a la existencia de jerarquías, “academias” organizadas, grupos de poder dentro de las instituciones que a veces condicionan el desarrollo científico de múltiples formas. La misma financiación de la investigación por poderosas empresas privadas o por un Gobierno con ganas de controlar puede multiplicar la incidencia de estas distorsiones. En tercer lugar está la aplicación práctica de la ciencia (y más allá la tecnología meramente empírica), los objetivos que se le piden, las actividades que se priorizan etc. Aquí sin duda la importancia del poder económico y político es aún mayor. Y no se puede olvidar tampoco el comportamiento de los científicos, su escala de valores, sus intereses individuales.

Cuando analizo el papel que tiene la llamada ciencia económica en la vida actual las cosas me parecen bastante claras. Creo que la Economía teórica tiene muy poco del primer elemento. No es una ciencia sistemática, puesto que la mayor parte de sus presupuestos teóricos ignoran lo que explican las ciencias naturales (el mismo concepto de producción y crecimiento se da de bruces con, entre otras las leyes de la termodinámica, se ignoran sistemáticamente los aspectos sistémicos) y también de las sociales (la psicología económica solo existe en los libros de economía). Ni es una ciencia que avance eliminando hipótesis fracasadas (el único gran debate que conozco en el que una de las partes reconoció su error- el de la teoría del capital, desarrollado en 1960s- acabó con el olvido sistemático de la teoría que había resultado vencedora, ya que el reconocimiento de la misma suponía derruir una buena parte de las bases sobre las que se sustenta el andamiaje dominante). Es una academia científica dominada por unas élites que de forma creciente expulsan o marginan al pensamiento crítico. Es una tradición más preocupada de defender el orden existente (aunque se hace en base a un modelo irreal de economía de mercado en competencia perfecta) que de entender los fallos de la misma (lo que además explica su escasa capacidad predictiva o anticipatoria). Y sin duda sus aplicaciones prácticas suelen estar al servicio de los poderes económicos. Pero este reconocimiento es también útil para entender que gran parte del problema no está en que nos dediquemos a estudiar cómo funciona la economía real sino a la medida en que toda la

estructura de la academia económica distorsiona e impide este proceso de análisis racional.

El cambio social necesario exige buena ciencia, buen conocimiento. De hecho ha sido gracias a esta buena ciencia que hemos aprendido muchos de los problemas con que se enfrenta la humanidad. Y lo que hay que neutralizar y transformar es tanto la estructura organizativa de la actividad científica, para impedir que genere distorsiones y promueva comportamientos orientados al saber, la cooperación, el debate crítico. Y sin duda transformar radicalmente toda la estructura de interacción entre ciencia, tecnología, política y actividad económica corriente.

Lo que planteo es que una perspectiva de cambio hacia el buen vivir requiere de buena ciencia y para lograrlo se requiere una buena política científica (de cómo organizar la actividad, como motivar a sus actores). Y por esto muchas de las críticas a bulto (mezclando los distintos planos) que a veces se realizan resultan un desvío que no debemos tomar.

VI

Antes de terminar un comentario particular sobre uno de los puntos del documento central, el que se refiere a ¡Empleos climáticos ya! Creo que se trata de un planteamiento inadecuado de la cuestión, aunque entiendo su inclusión porque el problema del empleo resulta acuciante para muchas familias.

Pero la preocupación por el empleo es el resultado de las instituciones capitalistas y como modelan nuestra vida. En economías precapitalistas en las que la gente tiene el control de los medios de producción el problema es casi siempre el trabajo: la cantidad de horas a trabajar para alcanzar los resultados productivos que se quiere obtener. Cuando aumentan las necesidades o baja la eficiencia productiva se requiere trabajar más (y viceversa). En las economías capitalistas la situación se impierte en parte (el modelo se mantiene en el caso de la economía doméstica, del cuidado) porque quien decide qué y cómo se va a trabajar es el empresario y simplemente la gente necesita empleo para obtener rentas. Esta es una relación perversa que sólo se palia con regulaciones que limiten los derechos del capital y con intervenciones públicas que compensen sus fallos.

La cuestión dramática es que en la década de los 1970 el gran capital rompió el pacto keynesiano que pretendía generalizar un capitalismo de “rostro humano” (que exigía por otra parte un continuo crecimiento de la producción) y optó por volver al modelo de paro masivo, degradación ambiental y sumisión pública. Sin cambios estructurales fuertes no parece probable ni que avancemos en la creación de empleo climático ni empezamos a resolver los problemas generados por la crisis ecológica.

Hay que pensar el trabajo en otros términos, en valorar conjuntamente la carga de trabajo total y organizar la sociedad para un reparto equitativo del mismo. Algo que conlleva tanto un nuevo “contrato de género” como una reorganización profunda de las actividades laborales. Una distribución adecuada del tiempo. El problema del empleo no es solo un problema de cantidad, afecta a otras muchas cuestiones. Y en este sentido una estrategia de cambio debe pensar en cuestiones obviadas por el pensamiento económico convencional

## VII

En suma mi comentario es que pensar en un cambio hacia una sociedad ecológica y socialmente justa exige no sólo pensar en grandes principios éticos sino también en un esfuerzo realista y tenaz por generar los procesos, las formas de actuación, las instituciones, la comprensión de las cosas teniendo en cuenta que nuestro mundo no es de ángeles ni de superhéroes, sino de personas normales a veces egoístas, a veces altruistas, a veces heroicas. Y que para ello el buen conocimiento y la buena reflexión sobre la experiencia pasada y el análisis autocrítico de las iniciativas que adoptamos puede servir de guía para avanzar en el cambio necesario.

